

La plenitud de Dios en la fragilidad de un Niño

Pregón de Navidad 2023

Mario Iceta Gavicagogeascoa

Arzobispo de Burgos

Quisiera comenzar mis palabras agradeciendo a la Fundación Círculo la invitación a pregonar unas fiestas tan queridas y entrañables. Así mismo, agradezco vuestra presencia, queridos hermanos, autoridades y amigos, en una noche fría que invita más bien a quedarse arremolinado en el calor y sosiego del hogar. Deseo expresaros mi reconocimiento y gratitud.

PRÓLOGO

El cambio de luz del atardecer, que se filtra por las ramas adormecidas del paseo del Espolón o de la Isla, removidas por el viento norte que surca el horizonte burgalés y barre invisiblemente las hojas de las calles, es preludio de una nueva luminaria más poderosa que el solsticio de invierno ya superado, que irá venciendo paulatinamente la oscuridad temprana para ensanchar el día y comenzar a llenar de vida los campos grises y mortecinos del invierno.

Relata San Lucas: “Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. (...) También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada” (*cfr. Lc 2, 1-7*).

Este acontecimiento cambiará para siempre el corazón de la humanidad, su historia y el universo entero. Ya nada será igual. Dios con nosotros, el Emmanuel, el eterno que entra en el tiempo para hacernos eternos. La vida de Dios que reviste nuestra fragilidad y es fuente perenne de amor y esperanza. La *Pax Romana* de aquella plenitud del tiempo terrenal, se ve

abrazada y superada por una Paz nueva, la del Niño Dios, nacido en Belén, Príncipe absoluto de los siglos, cuyo Reino no tendrá fin. Ya lo proclamó Isaías y magistralmente musicalizó Häendel en su imponente oratorio de Navidad titulado *“El Mesías,”* con estas palabras: “la vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste como el día de Madián. Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: «Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz» (cfr. Is 9, 3,5)

Es lo que canta la Iglesia durante esta semana mayor del Adviento con las preciosas siete antífonas de las Vísperas, llenas de profundo contenido teológico, dirigidas al Niño Dios, el Esperado de las naciones y Deseado por el corazón de la humanidad:

"Oh, Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo / abarcando del uno al otro confín / y ordenándolo todo con firmeza y suavidad: / ven y muéstranos el camino de la salvación".

"Oh Adonai, Pastor de la casa de Israel, / que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente / y en el Sinaí le diste tu ley:/ ven a librarnos con el poder de tu brazo".

"Oh Raíz de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos;/ ante quien los reyes enmudecen,/ y cuyo auxilio imploran las naciones:/ ven a librarnos, no tardes más".

"Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel;/ que abres y nadie puede cerrar;/ cierras y nadie puede abrir:/ ven y libra a los cautivos/ que viven en tinieblas y en sombra de muerte".

"Oh Amanecer,/ Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia:/ ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte".

"Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos,/ Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo:/ ven y salva al hombre,/ que formaste del barro de la tierra".

"Oh Emmanuel, rey y legislador nuestro,/ esperanza de las naciones y salvador de los pueblos:/ ven a salvarnos, Señor Dios nuestro".

MEDIANOCHE

Jesús nace en la noche, en el silencio de las calles y las plazas, acompañado por el coro de estrellas que titilan vigilantes en el cielo, contemplando este maravilloso acontecimiento de un Dios que viene a habitar con nosotros, en nuestra carne. Y la luz brilla en la tiniebla, llena de esperanza, disipando el frío y la oscuridad, prendiendo en cada corazón y extendiendo su claridad hasta el confín de la tierra.

Comentaba Benedicto XVI: “La nube de ocultación, de la pobreza de un niño totalmente necesitado de amor, es al mismo tiempo la nube de la gloria. La gloria del verdadero Dios se hace visible cuando se abren los ojos del corazón ante el establo de Belén. Dios ha visto que su grandeza provocaba resistencia. Por eso Dios ha elegido una nueva vía. Se ha hecho niño: ya no podéis tener miedo de mí, ya sólo podéis amarme” (*homilía Navidad, 2008*).

La Nochebuena es un acontecimiento que reúne a las familias en torno al pesebre y nos enseña a ser familia, a agradecer este don inmenso, necesitado de cuidado, tantas veces frágil, en el que se nos acoge y ama tal y como somos. Es escuela primordial e insustituible de humanidad, amor y fraternidad.

Han pasado el Adviento, el revuelo de la lotería de Navidad, la llegada deseada e impaciente de familiares y seres queridos. Frente al frío y viento de la noche, la casa se convierte en hogar entrañable; recuerdos que tocan hasta el fondo del alma; oración agradecida por quienes compartieron en años anteriores estas fiestas con nosotros y ahora ya, desde el cielo, se unen a nuestra celebración; conversaciones que nos ponen al día de nuestras andanzas, anhelos e ilusiones; mesa y mantel preparados con cariño; cálidas luces, guirnaldas y adornos de vivos colores.

Y el Belén, que espera ansioso a que los pequeños de la casa coloquen al Niño Dios en el regazo de María, ante la expectación de José, junto a los ángeles, y la compañía de pastores que con sus rebaños se asoman

asombrados a contemplar la luz que a partir de ahora iluminará las noches de la historia y vencerá todas las tinieblas del corazón humano.

Así lo relata San Lucas: “En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». (...) Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre” (*cfr. Lc 2, 8-18*).

Comenta san Juan Pablo II: “Aquella luz desgarró la noche que había caído sobre Belén de Judea. Gracias a la luz de aquella noche, los hombres se vieron inmersos en una extraordinaria claridad: sobre todo los hombres sencillos, los pastores que hacían guardia junto a su rebaño. En su ánimo resplandece la luz. No solo a su alrededor se hizo luz, sino en su interior. La luz anunciada por Isaías había entrado en sus corazones. En aquella luz estaba presente Dios mismo” (*homilía Navidad, 1992*). Así resuenan estas palabras en la profesión de fe: Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz.

Suenan instrumentos navideños que acompañan villancicos antiguos y nuevos junto al árbol de Navidad, que simboliza una vida perenne que el frío invierno y la oscuridad temprana no son capaces de apagar. Y nos sentimos amados, inundados por una esperanza nueva que nos invita a hacernos sencillos, como los pastores. Necesitamos abrir las puertas de nuestras limitadas y acartonadas seguridades para acoger el anuncio de lo eterno, de una sorprendente novedad que se revela en lo cotidiano de nuestras vidas. Y aprendemos de María a meditarlo todo en el corazón, para que amanezca en nosotros la luz del amor y de la esperanza.

Oímos las campanas de medianoche de la catedral que nos convocan a la celebración de la Misa del gallo, que es sin duda la más popular y

entrañable de la Navidad. Recibe este nombre porque se celebra con el canto nocturno del gallo. Está vinculada a la reliquia del pesebre que se conserva en la basílica de Santa María la Mayor de Roma, y su origen parece remontarse al papa Sixto III en el siglo V.

En ella se lee la *Kalenda*, la lectura de los acontecimientos salvíficos desde la creación antes de Adán hasta la nueva creación con el nacimiento de Jesús, el nuevo Adán. Con una palabra central que se repetirá durante toda la vigilia: Hoy. “Hoy os ha nacido un salvador”, pregonan la antífona de entrada. El Martinillo toca los cuartos y el Papamoscas las doce campanadas de la medianoche. Y comienza la liturgia con el versículo central del salmo 2: “El Señor me ha dicho: «Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy»” (cfr. *Sal 2, 6*)

Y el templo, imagen de la Iglesia, se llena de la alabanza que entona el coro de los ángeles: “Gloria a Dios y en cielo y en la tierra paz a los hombres”. De modo similar, esta alabanza aparece inscrita en el cimborrio de nuestra catedral, que adquiere particular relevancia en esta noche santa: “En medio de tu templo te alabaré y daré gloria a tu nombre porque haces maravillas” (cfr. *Is 25, 1*). Y nuestras voces acompañan este himno que unifica el cielo con la tierra, admirada y agradecida por este acontecimiento que desborda todo deseo.

Sí, cantamos la paz nueva y definitiva que sólo Dios puede otorgar. “La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo” (cfr. *Jn 14, 27*). Cómo no recordar aquél famoso episodio durante la primera guerra mundial, en la Nochebuena de 1914, cuando las armas hicieron silencio para que, quienes eran enemigos en el campo de batalla, recordaran que eran hermanos redimidos por la Sangre de Quien en esta noche nace en Belén. Y en aquél silencio de medianoche, entre felicitaciones y algún sencillo regalo que intercambiaron los combatientes, brotó el villancico navideño: “*Stille Nacht, heilige nacht*”, compuesto en 1818 por el organista y profesor austriaco Franz Xaver Gruber:

Noche de Dios, noche de paz, claro sol brilla ya;

y los ángeles cantando están; gloria a Dios, gloria al rey celestial.

Duerme el Niño Jesús.

Cuánto necesitamos de esta paz, que es fruto de la verdad y la justicia, el amor y la misericordia, la conversión y el perdón: paz en nuestro corazón, paz en las familias, paz en nuestra tierra, paz en el mundo entero, en Ucrania, en Gaza e Israel y en tantos lugares olvidados que no aparecen en los titulares de los noticieros, paz en toda la creación.

Y el Niño nace pobre, para ser luz de los pobres, los descartados, los que no cuentan, los migrantes, los que sufren, los que no encuentran trabajo, los que están solos; para que compartamos en la misma mesa generosa los dones que Dios ha puesto en nuestras manos. Si María y José no hallaron posada, todos la deben encontrar en nuestros hogares, para que la Navidad se haga realidad en nuestras vidas. Porque Jesús, a pesar de la inadvertencia de los habitantes de Belén, se encontró esperado y arropado con inmenso amor y ternura por los corazones de María y de José: su primer beso, su primera cuna, su primer arrullo, su primera caricia, en el silencio elocuente de una noche que se tornó clara como el mediodía.

Afirma el Papa Francisco: “Dejémonos interpelar por el Niño en el pesebre, pero dejémonos interpelar también por los niños, que hoy no están recostados en una cuna ni acariciados por el afecto de una madre ni de un padre, sino que yacen en los escuálidos pesebres donde se devora su dignidad: en el refugio subterráneo para escapar de los bombardeos, sobre las aceras de una gran ciudad, en el fondo de una barcaza repleta de inmigrantes. Dejémonos interpelar por los niños a los que no se les deja nacer, por los que lloran porque nadie les sacia su hambre, por los que no tienen en sus manos juguetes sino armas”. (*homilía Navidad, 2016*).

Y tras la Misa de medianoche, el frío envuelto en el viento burgalés que golpea nuestros rostros en el retorno a casa, no puede apagar el fuego sereno que ha brotado en el corazón. Y tras la conversación en familia y la reiterada felicitación, la noche se ha vuelto esperanzada y acogedora. Y nos retiramos con un afecto cargado de paz y promesas, de una noche luminosa y acompañada, donde Dios velará para siempre nuestras vigiliass y sueños, donde podemos descansar en su amor y su paz, por encima de dificultades y desencuentros que tantas noches nos desvelan.

LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD

El día amanece con una luz especialmente dorada y pálida, como paja de pesebre. El viento sigue agitado. Es el día del cumpleaños de Jesús. Hemos de ir a felicitarle al pesebre. Quizás le hemos ofrecido algún regalo, como los pastores o los Magos de Oriente, pues no hay cumpleaños sin un gesto sencillo que exprese amor y agradecimiento. La celebración en la Misa y en la mesa, como reza la costumbre monacal.

Esta vez, el evangelista de la misericordia, san Lucas, es reemplazado por el evangelista teólogo, san Juan, que proclama en el Evangelio del día:

“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios... El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (*cfr. Jn 1, 1-5,9-14*).

San Juan nos habla de Dios como fuente de luz, vida y amor. Y testimonia su venida como principio de una nueva relación que genera la filiación divina y la fraternidad para las que hemos sido creados, porque no hemos nacido sólo de carne y sangre, sino de Dios.

En el portal de Belén, que en arameo significa “casa de Pan”, el Niño es acostado sobre el pesebre, lugar donde se da de comer a los animales, profetizando que el Niño será Pan de vida y salvación por todos ofrecido. Y en ese mismo día de Navidad recibimos en la Eucaristía su Cuerpo y Sangre, un misterio que brota del pesebre de Belén y alcanza su plenitud en el Misterio Pascual de su muerte y resurrección, y que se hace presente en cada celebración de la Misa hasta su retorno glorioso al final de los tiempos.

ATARDECER DEL DÍA DE NAVIDAD

El sol va cayendo en poniente, iluminando con luz tamizada de invierno la fachada oeste de la catedral, dedicada a Santa María. Y es precisamente

bajo esta cálida luz cuando la Iglesia canta su amor, postrada ante el Niño en los brazos de su Madre, susurrando el Himno de Vísperas:

Te diré mi amor, Rey mío,
en la quietud de la tarde,
cuando se cierran los ojos
y los corazones se abren.

Te diré mi amor, Rey mío,
con una mirada suave,
te lo diré contemplando
tu cuerpo que en pajas yace.

Te diré mi amor, Rey mío,
adorándote en la carne,
te lo diré con mis besos,
quizá con gotas de sangre.

Te diré mi amor, Rey mío,
con los hombres y los ángeles,
con el aliento del cielo
que espiran los animales.

Te diré mi amor, Rey mío,
con el amor de tu Madre,
con los labios de tu Esposa
y con la fe de tus mártires.

Te diré mi amor, Rey mío,
¡oh Dios del amor más grande!
¡Bendito en la Trinidad,
que has venido a nuestro valle!

Y volvemos la mirada y el corazón a María a quien nuestros antepasados dedicaron esta imponente catedral. Y le pedimos que nos mire como mira a su Hijo en su regazo. Cómo se cruzan las miradas de la Madre con el

Hijo y cómo se dicen todo sin pronunciar palabra. Un regazo habitado por la infinitud de Dios en la fragilidad de un Niño.

Y también el corazón se vuelve a José, que vigila la noche, que todo lo dispone con suavidad y fortaleza, que acompaña la maternidad de María custodiando al Niño. José, esposo fiel, padre sereno y bondadoso, trabajador abnegado, contemplativo humilde y desprendido.

Con ellos miramos al mundo como Dios lo mira: con misericordia y compasión. Hoy lo contemplamos con una mirada nueva. ¡Cómo lo ha entenebrecido el pecado, la violencia y el desamor! Pero, ¡cómo brilla desde ahora y para siempre con el reflejo de la luz de Dios nacido en Belén, que debe reflejarse en todos los corazones!

EPÍLOGO

Estamos a las puertas de la Navidad. Apuramos el tiempo de Adviento con la oración de la Iglesia que aguarda al Esperado de las naciones en esta semana mayor del Adviento, semana de la Virgen de la Esperanza. Así lo describía Santa Edith Stein, Teresa Benedicta de la Cruz, carmelita descalza de origen judío asesinada en Auschwitz durante la segunda guerra mundial:

“Nos encontramos en el tiempo navideño. La gran solemnidad, que nos ha precedido como una estrella luminosa en el oscuro cielo nocturno del Adviento, ha pasado, quizás para algunos de nosotros, demasiado deprisa. No ha permanecido en silencio como la estrella sobre el pesebre de Belén. Ha pasado como un susurro y quizás permanecemos asustados porque no pudimos comprender o sacar nada en limpio de lo que nos quiso y pudo traer.

Incluso los fieles de otras confesiones y los no creyentes, para los cuales la vieja historia del Niño de Belén no significa nada, se preparan para esta fiesta pensando cómo pueden ellos encender aquí o allá un rayo de felicidad. Es como si un cálido torrente de amor se desbordase sobre toda la tierra con semanas y meses de anticipación. (...)

Y cuando todo permanece en profundo silencio— el misterio de la Navidad se renueva sobre los altares cubiertos de flores y de luces: Y el verbo se hizo carne. Ésa es la hora de la plenitud: Hoy los cielos se han derramado para todo el mundo” (*Sta. Edith Stein, “El misterio de la Navidad”*).

Que este pregón, orado y escrito con cariño, pensando en todos y cada uno de vosotros, se convierta en una sencilla invitación a vivir la Navidad con profundidad y alegría, y disponga nuestros corazones para apurar los últimos compases del Adviento para acoger a Quien cura todo desamor y sana toda herida; a Quien nos da poder para ser hijos de Dios y hermanos los unos de los otros; a Quien ilumina toda oscuridad y la convierte en luz sin ocaso. Y en el Niño Dios acojamos a todos aquellos en quienes especialmente se ha querido identificar: los abandonados, los olvidados, los enfermos, los que sufren y los heridos de la vida. Porque “cada vez que lo hicisteis con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Os deseo una santa y feliz Navidad llena del amor y de la misericordia del Niño Dios, bajo la protección materna y bondadosa de la Virgen María, en compañía de vuestras familias y seres queridos. Que Él os bendiga y acompañe siempre. Con todo mi afecto, muchas gracias.